

Francisco Romero

Shylock Gallerie

Baobab Teatro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 Francisco Romero

Baobab Ediciones

San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO

Tfno: 629915273

www.ebaobab.com

pacoromero@ebaobab.com

**Obra galardonada con el Premio
Ciudad de San Sebastián
de Teatro 2007, concedido
por Fundación Kutxa.**

Toda la obra se desarrolla en la galería de arte de Shylock, con la excepción de dos escenas que carecen de una ubicación concreta y que se pueden representar en cualquier espacio.

Personajes:

SHYLOCK. Propietaria de una prestigiosa galería de arte.

MARCO BRESSART. Un pintor joven que quiere llegar a lo más alto.

FRANCOIS GOBEL. Un influyente crítico de arte.

PRIMERA ESCENA

Un joven espera impaciente en un despacho. Lleva una carpeta de pintor. La abre y examina su interior para comprobar que todo esté en orden. Cuando entra la mujer recoge la carpeta y se levanta para saludarla.

SHYLOCK. Según dice mi secretario, teníamos programada una reunión para hoy.

MARCO. Así es.

SHYLOCK. No recuerdo cuándo le concedí esa cita, ni siquiera creo que nos conozcamos.

MARCO. Fue en la inauguración de la exposición de Lucas Palmer en la sala Moriarty. Iba acompañada del crítico Francois Gobel.

SHYLOCK. El bueno de Frankie. ¿Iba ya borracho?

MARCO. Yo lo recuerdo sobrio.

SHYLOCK. Puedo asegurar que es un estado que no ha conocido en los últimos años. En su caso sólo existen tres posibilidades: borrachera, resaca o la an-

siedad previa a la bebida, que suele ser cuando escribe los artículos. Supongo que por eso sus críticas son tan polémicas.

MARCO. Reconozco que a veces pueden ser implacables, pero en general las considero bastante acertadas.

SHYLOCK. Acertadas, curiosa palabra de significado ambiguo. Yo más bien diría que son agradecidas con quien debe serlo y hostiles con el resto, aunque sabe disimularlo mejor que los demás para parecer honesto.

MARCO. ¿Cree que todos los críticos tienen un precio?

SHYLOCK. Críticos, artistas, políticos, clérigos, periodistas. Todos lo tenemos, sólo varía la forma de pago, que es lo que llamamos ética y lo que nos salva la conciencia para hacernos creer que somos honrados.

MARCO. No es usted muy optimista.

SHYLOCK. El optimismo es una ilusión transitoria que se esfuma cuando entra en contacto con la reali-

dad. Pero aparte de ser un entendido en arte, y de tener algunos conocimientos filosóficos, supongo que usted, por el considerable tamaño de la carpeta que le acompaña, debe pintar.

MARCO. Soy pintor y traigo una parte de mi obra más reciente para que la conozca.

SHYLOCK. ¿Por qué me habría de interesar conocerla?

MARCO. Porque soy muy bueno.

SHYLOCK. Y se llama Marco Brennan.

MARCO. Bressart, Marco Bressart.

SHYLOCK. He debido estar muy ocupada últimamente porque nunca he oído hablar de un gran pintor llamado Bressart.

MARCO. He pasado algún tiempo fuera del circuito y todavía no soy muy conocido entre los grandes marchantes.

SHYLOCK. ¿Por qué acude a mí?

MARCO. Porque es la mejor galerista y quiero que

conduzca mi carrera artística para situarme donde debo estar.

SHYLOCK. ¿Y dónde debe estar?

MARCO. En lo más alto.

SHYLOCK. En la cima del arte, nada menos. Me gusta que lo tenga tan claro y valore su trabajo, pero supongo que debí decirle algo más en nuestro anterior encuentro.

MARCO. Si, dijo que no recibía a pintores que tuvieran su obra dispersa, sólo a aquellos que tuvieran el control absoluto sobre toda su producción.

SHYLOCK. ¿Y?

MARCO. Le aseguro que estoy en ello, pero no alcanzo a entender el motivo de esa imposición.

SHYLOCK. No entiende el motivo y usted se considera artista. Lástima que los pintores aprendan antes a considerarse genios que a ser inteligentes. Me parece que estamos perdiendo el tiempo. Puede que a usted le sobre, pero el mío es muy valioso y la enseñanza no está entre mis prioridades.

MARCO. Al menos podría echar un vistazo a mi obra para tener una impresión de mi trabajo.

SHYLOCK. ¿Y qué obtendría con eso?

MARCO. Sabría que merece la pena apostar por mí.

SHYLOCK. Las apuestas las hago en el casino o en las carreras de caballos, con el arte dejo muy escaso margen para el azar.

A Marco le cuesta reaccionar y parece a punto de abandonar.

SHYLOCK. Mire, joven, como no me ha caído mal del todo y le noto un tanto perdido en este ambiente, le voy a dar una lección gratis, y no espere más porque mi generosidad tiene un límite que está muy lejos del mecenazgo, a pesar de que presida una fundación. Es posible que en esa carpeta guarde algunos lienzos que estén bien, incluso sean brillantes, y que con mi intervención se pudieran considerar obras maestras, pero soy yo la que impone las condiciones de trabajo, y por eso he llegado más lejos de lo que se espera en una mujer. Por ver cuadros tengo una tarifa, y no miro los

de aquellos artistas que quieren trabajar conmigo hasta que tengo la certeza de controlar toda su producción y puedo decidir la obra que se va a mostrar y la que se va a destruir para salvaguardar la cotización de lo que merezca la pena. Porque si algún día me entero de que algún cuadro de alguien que yo he encumbrado no está donde debe estar me enfado mucho, y le puedo asegurar que no le iba a gustar verme enfadada.

MARCO. Creo que ya la entiendo. El artista convertido en una sociedad anónima y su obra, en las acciones que se reparten los inversores. El arte al servicio del capital y como triunfo de la especulación.

SHYLOCK. Es una manera sobria e inteligente de definirlo, aunque en público le pongamos otra etiqueta más sugerente y menos mercantil.

MARCO. ¿No es triste?

SHYLOCK. La tristeza y la alegría son emociones demasiado fluctuantes y poco prácticas. La cotización de un artista, con excepción de los grandes clásicos, se marca por la entidad de los propietarios de sus cuadros. Así que el día que haya comprado toda la

obra que tenga vendida o donada, y no me importa la forma en que lo tenga que hacer para lograrlo, le pide una nueva cita a mi secretario, y hasta es posible que decida examinar sus lienzos y los encuentre interesantes.

MARCO. Ya me he hipotecado todo lo que me puedo permitir, pero me faltan tres obras por recuperar y no sé cómo hacerlo.

SHYLOCK. ¿Sólo tres?

MARCO. Se lo prometo.

SHYLOCK. ¿Cuánto dinero supone?

MARCO. Diez mil euros, y le aseguro que cada uno de esos cuadros vale bastante más.

SHYLOCK. Tal vez puedan llegar a valer más, pero para mí no valen nada porque son un problema.

MARCO. Que quiero resolver.

SHYLOCK. ¿Está dispuesto a todo para trabajar conmigo?

MARCO. Sí.

SHYLOCK. Mis condiciones son tremendamente duras porque sólo trabajo para llegar a lo más alto, y muchos no pueden soportar la presión que les impongo.

MARCO. Estoy acostumbrado a pelear y no me importa el precio que haya que pagar.

SHYLOCK. Puede que hoy no le importe, pero le aseguro que con el tiempo lo hará.

MARCO. De nada vale el tiempo futuro si no consigo lo que quiero. No me sirven los pequeños pasos cuando sé que puedo dar el gran salto.

SHYLOCK. Me complace tu ambición. Creo que ya ha llegado el momento de que nos tuteemos.

MARCO. Gracias.

SHYLOCK. No me gusta tratar con pusilánimes y he conocido a demasiados artistas depresivos.

MARCO. No acostumbro a llorar.

SHYLOCK. ¿Estás seguro?

MARCO. Lo estoy.

SHYLOCK. Ve a ver a mi secretario, deja tu cartera con toda la obra, como depósito de la transacción, y dile que te entregue nueve mil euros.

MARCO. Son diez mil.

SHYLOCK. Si estimas tu obra y tienes coraje, podrás conseguirlos por menos. Ya te he dicho que mis condiciones pueden parecerle extremas, casi opresivas, pero algún día me lo agradecerás porque se trata del precio del éxito.

MARCO. Lo conseguiré.

SHYLOCK. Sería lamentable si no lo hicieras. Es muy triste cuando un artista prometedor sucumbe al principio del camino por no saber moverse en esta selva llena de depredadores.

MARCO. Nos veremos muy pronto con toda mi obra.

SHYLOCK. Sí, en la fecha que te cite mi secretario empezaremos a preparar tu destino.

Se marcha Marco y Shylock tras él.

SEGUNDA ESCENA

Frankie está hablando por teléfono.

FRANKIE. ¡Cómo que sólo dispongo de dos columnas en la página cuarenta y cuatro!

Me prometiste tres columnas y una foto en la primera página de cultura.

¡Qué me importa que una diva de la ópera estrene esta noche Turandot, lo mío es muy importante!

Siempre lo mismo, los malditos anunciantes. ¿Acaso el arte no genera publicidad?

Prométeme al menos dos páginas en el magacín semanal.

Está bien, una y media, pero con reseña en la portada.

De acuerdo, trataré de conseguirte una rebaja de quinientos en el cuadro que te interesa, pero no te garantizo más de doscientos, aunque podría arañar algo más si tú...

No, no te estoy chantajeando, sólo hablaba de cooperación. Hoy por ti, mañana por mí.

Está bien, hablaremos en la redacción.

Apaga el teléfono y entra Shylock.

SHYLOCK. Mi buen amigo Frankie, no sabes lo que me alegro de que visites a esta humilde galerista.

FRANKIE. Te veo muy guapa. Ese peinado te sienta fenomenal y el color le va muy bien a tus ojos.

SHYLOCK. Menos coba que tengo un espejo enorme y se supone que soy una experta en arte, aparte de que no duermo más de cinco horas diarias, y eso deja huella.

FRANKIE. Deberías tomarte unas vacaciones.

SHYLOCK. Debería, claro que debería, pero no puedo o no me dejan. Mantener una galería puntera es muy costoso e ingrato y no es fácil delegar cuando se trata de asumir decisiones importantes. Hay que perder mucho tiempo y dinero en complacer a demasiada gente que no merece ser complacida. Los artistas se creen que lo son y se comportan como niños asilvestrados, hasta llegan a creer que sus propios mocos son emanaciones artísticas que deben ser expuestas.

FRANKIE. Te comprendo muy bien. Hay demasiados mediocres optando a ocupar el trono del arte.

SHYLOCK. Todo debería ser más fácil, mi buen amigo, si las cosas fueran como deber de ser y el destino fluyera con naturalidad y cierto sentido artístico, pero eso no ocurre y me duele. ¿Acaso debemos dejar que el azar nos guíe hacia el caos y todo se vaya a pique?

FRANKIE. El arte siempre se encuentra en los límites del azar y no está exento de anarquía.

SHYLOCK. A la hora de crear y de mostrar un determinado estilo no niego que eso puede ayudar, pero siempre que se trate de un azar controlado por el mercado y asumible en los balances.

FRANKIE. En eso eres la mejor.

SHYLOCK. Lo intento, sabes muy bien que lo intento, pero a veces hay situaciones que se escapan de mi control. Sobre todo cuando se permite que cualquiera opine y se ensalce al que no se debe o se castigue al que lo está haciendo bien. Entonces se crea una terrible confusión, y eso incomoda mucho a gente

decente y honesta que espera, pienso que con razón, que sus inversiones no deben sufrir a causa del capricho de unos pocos que se guían por criterios vengativos.

FRANKIE. ¿Me estás acusando por algo?

SHYLOCK. Por dios, Frankie, cómo puedes pensar que soy tan mezquina. Yo sé muy bien quienes son mis amigos y lo que se desviven para que yo sea feliz, pero a veces, muy pocas, bien es cierto, me parece que no sé leer y me cuesta entender ciertos artículos que se publican.

FRANKIE. ¿No estarás diciendo...?

SHYLOCK. No, no estoy diciendo nada, y menos aún si me interrumpes.

FRANKIE. Perdona.

SHYLOCK. Te noto tenso. ¿Duermes bien últimamente? ¿No habrás vuelto a tener problemas con el hígado? Ese es un tema muy delicado.

FRANKIE. No, te aseguro que estoy en muy buena forma.

SHYLOCK. Acudes a demasiadas fiestas, y a veces te cuesta decir no al champán o a la ginebra, y puede que eso te reste reflejos a la hora de hacer una crítica constructiva.

FRANKIE. Supongo que no te estarás refiriendo al artículo que he publicado en New Art.

SHYLOCK. ¿Por qué lo dices? ¿Acaso hay algo que te preocupe de ese artículo?

FRANKIE. Yo estoy muy satisfecho con lo que escribí y no creo que puedas estar descontenta con la crítica que publiqué sobre la exposición de Roy Temple.

SHYLOCK. Te felicito, el artículo es brillante y escrito con un excelente lenguaje no exento de cierta dosis de humor elegante. Yo estaría feliz si mis inversores supieran leer, pero no es gente de letras, para su desgracia, y enseguida les entra el miedo que genera la incultura. En confianza, no entiendo el pánico que les puede causar una determinada palabra. No resulta alentador que el mercado del arte quede en manos de gente tan zafia, sin la menor sensibilidad artística, que lo único que lee son las cláusulas de los

millonarios contratos que firman, donde una coma mal puesta les puede suponer la quiebra.

FRANKIE. No entiendo hasta dónde quieres llegar.

SHYLOCK. Estás reconocido como uno de los críticos de arte más importantes, tanto de la prensa diaria como de las revistas especializadas. Tus palabras pueden marcar tendencias y se supone que para llegar tan alto debes ser muy inteligente.

FRANKIE. Confieso que a veces me desconciertas con los rodeos tan extraños que das. Te agradecería si me hicieras tus comentarios de una manera más directa.

SHYLOCK. Frankie, Frankie, en verdad estás cansado si te cuesta seguir una sencilla conversación entre amigos. Tu cara me preocupa. Relájate que pareces muy tenso y sigamos con nuestra distendida charla. No creo que a estas alturas una inocente mujer pueda ponerte nervioso.

FRANKIE. No estoy nervioso, pero tengo bastante prisa y no me gustaría que se quedaran sin resolver

las dudas que tengas sobre mi trabajo.

SHYLOCK. La prisa es un mal que nos atenaza. Más tarde tengo una reunión con treinta millones de euros que también tienen prisa por ser invertidos en arte, pero no pueden serlo de una manera precipitada. Ese dinero podría ir a la bolsa, a la compra de terrenos o a sobornar a un alto cargo a cambio de favores, pero ha elegido el mundo del arte. ¿Por qué? Podría decir que por filantropía y quedaría muy bonito, es más, el inversor debe aparecer en la prensa como un mecenas, pero los que invierten no lo son.

FRANKIE. Desde luego que no.

SHYLOCK. En la mayoría de los casos sólo son unos bastardos con mucho dinero que están obligados a rentabilizarlo de la manera más rápida y fiable posible, al tiempo que lavan su imagen de ruindad saliendo en las fotos junto a los políticos, artistas y apadrinando bellos proyectos sociales. Te confieso que mi sensibilidad se siente dañada cuando trato con ellos. Sabes muy bien que soy una humanista convencida que lucha por el bien de los artistas, esos individuos sensibles que estarían condenadas a la humillación en este

mundo mercantilista sin un alma caritativa que los orientara por el camino correcto. Y entre los artistas incluyo a los críticos porque los primeros lo son gracias a vosotros, a vuestra capacidad de apreciar aquellos detalles que se escapan al resto de los mortales.

FRANKIE. Es un bonito discurso que ya me conozco de memoria, aunque, sin ánimo de parecer grosero, cada vez te resulta más difícil mostrar ese altruismo benéfico del que tanto presumes.

SHYLOCK. Si te lo conocieras de memoria, sabrías cómo utilizar las palabras en las críticas que escribes. Porque si un crítico me cuesta muchos euros al mes es para que haga bien su trabajo, porque para que me claven el puñal en la espalda ya tengo a los que paga la competencia.

FRANKIE. Te juro que no entiendo este ataque. El artículo de New Art está escrito tal y como lo planteamos, y tienes que reconocer que ha situado a Roy en la cumbre.

SHYLOCK. No es necesario que te alteres conmigo, si yo te comprendo perfectamente y hasta podría decir que tu trabajo ha sido brillante si no hubiera

sido por una palabra; una simple e inocente palabra, que en unas condiciones extremas y con una mentalidad muy retorcida se puede llegar a interpretar mal. La pena es que se ha dado ese caso y tengo un grave problema que me costará mucho solventar.

FRANKIE. ¿Qué palabra es?

SHYLOCK. Creo que guardo el recorte por aquí. (Lo busca en la mesa.) Sí, aquí está y la parte más interesante se encuentra marcada en rojo. Está tal y como me lo ha pasado un inversor para el que el color rojo es tremendamente peligroso. Le tiene alergia. Yo he tenido que explicarle el significado de las palabras, pero es un hombre de números que se ha marchado triste de mi despacho, y su tristeza se mide en muchos miles de euros.

FRANKIE. ¿De qué parte se trata?

SHYLOCK. Toma, lee tú la parte subrayada y dale el matiz que querías expresar cuando lo escribiste para ver si yo capto su sensibilidad y puedo devolver la alegría a ese dinero triste.

Le entrega el papel y Frankie comienza a leer.

FRANKIE. Roy Temple, que a lo largo de su carrera ha roto moldes en el arte moderno, primero con el deconstructivismo inverso y después con su neotransfugismo catártico, ha alcanzado con la nueva exposición en la Shylock Gallerie un grado de madurez difícilmente imaginable para otros artistas de su generación. Se puede afirmar sin miedo al equívoco que ha alcanzado la cúspide de su carrera.

SHYLOCK. Hermoso párrafo. Tal y como yo lo interpretaba.

FRANKIE. Y muy rentable.

SHYLOCK. Veo que has puesto el dedo en la llaga. Como eres muy inteligente, y tienes experiencia en el mercado, comprenderás que el beneficio de algunos puede acarrear el disgusto de otros. Qué difícil es manejar el fiel de la balanza.

FRANKIE. Tú querías situarlo en la cumbre, que su obra se revaloriza y tus clientes pudieran obtener grandes plusvalías con su inversión.

SHYLOCK. Brillante, Frankie. Te aseguro que las dos fundaciones y el banco que se han repartido toda

esta colección deben estar locos de contentos contigo, y te abrazarían sus responsables si los visitaras. Pero comprenderás que me encuentro en una compleja situación donde tengo que hacer equilibrios para contentar a mucha gente, y la desafortunada utilización de una palabra puede producir equívocos.

FRANKIE. ¿Qué palabra?

SHYLOCK. Te aseguro que la palabra cúspide me encanta, es hermosa, implica grandeza a la vez que elegancia y simboliza la victoria para el que consigue alcanzarla dejando a muchos otros en el camino. De hecho, una montaña con su cúspide nevada es el logotipo de la empresa que dirige la persona que me ha dado el artículo... (Se detiene esperando la reacción de Frankie.)

FRANKIE. ¿Y?

SHYLOCK. La vida depara curiosas coincidencias, aunque algunas de ellas se pueden volver ingratas a causa de un simple malentendido provocado por el azar. Otra vez el maldito azar.

FRANKIE. Sigo sin entender dónde está el pro-

blema.

SHYLOCK. En que esa empresa todavía no es propietaria de ninguna obra de Roy Temple, pero se ha asegurado sus próximos cinco cuadros por dos millones de euros, casi un veinte por ciento más de su valor actual. ¿Vas comprendiendo lo que te quiero decir?

FRANKIE. Los porcentajes no son mi fuerte, pero supongo que si han invertido en la obra de un pintor consagrado, habrán hecho un negocio muy rentable.

SHYLOCK. Cúspide, cúspide, ¿por qué se te ocurrió esa palabra, Frankie? ¿No te parecen hermosas otras como altiplano o meseta que implican la cima acompañada de estabilidad durante un largo trecho?

FRANKIE. No encuentro grandes diferencias y hay que reconocer que en el fondo sólo se trata de un artículo que no leerán más de cuatro y que muy pronto se convertirá en papel reciclado.

SHYLOCK. Lo sé muy bien, pero ha tenido que ser uno de los cuatro quien lo ha leído y que, por desgracia, sabe que detrás de la cúspide se encuentra la

bajada, o la tragedia para los que no estén bien amarados. ¿Qué te dije cuando hablamos del artículo?

FRANKIE. Que había que colocar a Roy arriba.

SHYLOCK. ¿Y qué más?

FRANKIE. Que al menos durante tres años debería dar un rendimiento óptimo.

SHYLOCK. Cierto, tres años, un hermoso altiplano de tres años, donde su obra se consolidara como una inversión consistente, y con algo de fortuna hasta se habría convertido en un clásico. Pero cúspide, hermosa e ingrata palabra, continúa con declive, y los que han puesto dos millones encima de la mesa le tienen pánico a esa palabra porque puede suponer grandes pérdidas. Yo sé que estás pensando que se trata de una reacción absurda propia de alguien inmaduro y cobarde, y te doy la razón, pero precisamente esa es la mejor definición que conozco del dinero. Es el primero en huir cuando el barco se hunde y jamás se comportará como un valeroso capitán. Paga por no sufrir y yo soy su psicóloga. Dime, querido Frankie, qué podemos hacer para evitar que el dinero deserte y busque otros paraísos menos accidentados.

FRANKIE. Escribiré otro artículo rectificando lo dicho y anunciando las grandes expectativas que ofrece la nueva colección de Roy.

SHYLOCK. No es una mala opción, pero este negocio esta lleno de suspicaces y alguien podría sospechar que tu crítica es interesada para beneficiar a mi galería. Podrías perder mucha credibilidad y un crítico que no parezca honesto sirve de muy poco en este negocio, aparte de que alguien podría decir que yo pretendo influir en la crítica elevando a los artistas que me interesan para que el negocio sea más rentable. Sería muy triste que alguien pudiera pensar eso después de tantos años de trabajo honesto.

FRANKIE. También podría hacer una visita a los nuevos compradores para tranquilizarles sobre el futuro de la obra de Roy.

SHYLOCK. Ni se te ocurra. El dinero y la crítica no pueden caminar juntos, y perdóname por lo que voy a decirte, pero lo hago por tu bien. Eres un hombre débil, poco seguro de tus palabras, a pesar de que vivas de ellas, y podrías equivocarte, y yo no puedo permitir que cometas una nueva equivocación. Sería

muy duro para ambos.

FRANKIE. ¿Me estás amenazando?

SHYLOCK. Por favor, Frankie, cómo me puedes creer capaz de algo tan siniestro y poco artístico.

FRANKIE. Ya no sé lo que creer.

SHYLOCK. Eso es grave. Un hombre sin creencias es un hombre a la deriva que se vuelve demasiado vulnerable a cualquier tipo de influencia perniciosa. Tienes que tener algo y alguien en que creer. En Dios, en el amor, en el paraíso, en un equipo de fútbol; hasta el demonio puede ser una buena creencia si te aporta firmeza de carácter. Pero, sobre todo, debes de creer en mí, que soy tu benefactora, y quien más te quiere.

FRANKIE. (Cambiando a un tono más amargo.) Por supuesto que creo en ti, como también lo hacía Bruno.

SHYLOCK. ¿Qué tiene que ver Bruno en esto?

FRANKIE. Él también creía en ti y yo le quería.

SHYLOCK. Eso pasó hace tres años Frankie, y yo

el problema lo tengo ahora. No me vengas con tristes episodios del pasado que dejan un poso de amargura y no dan respuestas.

FRANKIE. La solución de Bruno los haría a todos felices, incluso a ti.

SHYLOCK. (Alterada.) ¿Qué estás diciendo?

FRANKIE. Que con la tragedia de Bruno todos ganasteis mucho dinero, los inversores y tú, mientras él sólo perdió la vida. Murió la gallina y los huevos que había puesto se hicieron de oro.

SHYLOCK. Empiezas a desvariar antes de beber, y eso me preocupa. ¿Estás pretendiendo mezclar el suicidio de un depresivo con el miedo de un inversor?

FRANKIE. Cuando un pintor de prestigio muere en la cúspide toda su obra se revaloriza, a veces hasta se multiplica su valor, aunque eso lo sabes mejor que nadie porque lo has vivido de cerca.

SHYLOCK. Te he dicho que debes tener algo en que creer, pero no te he dicho que te conviertas en Dios y adivines cuando van a morir los artistas.

FRANKIE. Pero si por un siniestro azar, o resbalón desde la cúspide, Roy muriera después de terminar los siguientes cuadros, los que ha comprado el dinero de tu inversor, todos seríais felices y muchos los millones a repartir entre los propietarios de la obra de Temple.

SHYLOCK. Tienes fiebre si piensas que el destino de un pintor brillante que está en su plenitud se pueda plantear como un macabro negocio. Lo de Bruno fue una tremenda tragedia para todos. Con gusto daría todas las plusvalías que han generado sus obras para que siguiera trabajando conmigo.

FRANKIE. ¿De verás?

SHYLOCK. Yo también lo quería y lo protegía como a un hijo. Era tan frágil que me daba miedo que se quebrara. Yo no quería tener sus cuadros, yo quería tener a Bruno a mi lado para siempre.

FRANKIE. Y yo también, pero yo lo quería vivo.

SHYLOCK. Te das cuenta de que estás delirando. El alcohol no te trata bien Frankie, deberías dejarlo porque te vuelve paranoico y ves cosas que no exis-

ten. Eso le puede estar permitido a un artista que vive de sus alucinaciones, pero un crítico debe ser ecuánime para que la gente sepa comprender el arte.

FRANKIE. Piensas que no sé lo que pasó.

SHYLOCK. Yo no pienso, yo sé lo que ocurrió y también sé que la cocaína lo mató. La policía lo investigó y un juez lo ratificó, y yo no puedo seguir anclada en el pasado porque hay gente que depende de mí. Sé que estabas enamorado de él, pero él no te quería, prefirió a la droga, y eso te dolió.

FRANKIE. Reconozco que eso es cierto, pero yo no fui el que adulteró la droga, ni el que regaló un cuadro de Bruno al forense que hizo la autopsia.

SHYLOCK. ¿No estarás insinuando...?

FRANKIE. Yo no insinúo, sólo digo que alguien le ayudó a morir y unos cuantos sacaron un tremendo beneficio con ello.

SHYLOCK. Creo que estás llegando demasiado lejos con tu paranoia y un crítico que delira no es fiable. El pasado hay que dejarlo dormir porque no ayuda a los ausentes y puede atormentar a los presentes.

Tómate unos días de descanso y recapacita sobre tu destino, que yo solucionaré lo de la cúspide de Roy Temple.

FRANKIE. Sabes que no quiero hacerte daño, pero soy muy sensible y hay cosas que todavía me duelen.

SHYLOCK. Te quiero por tu sensibilidad, es muy raro encontrarla en un hombre, aunque tú...

FRANKIE. ¿Aunque yo... qué?

SHYLOCK. Nada Frankie, olvídalo.

FRANKIE. Ibas a decir que soy menos hombre porque soy homosexual.

SHYLOCK. Más de la mitad de los hombres con los que trabajo lo son, y eso no impide que los trate igual que al resto. Iba a decir que te falta carácter, pero eso no es problema de los homosexuales, le pasa al noventa por ciento de los hombres, a los otros les concedo el beneficio de la duda.

FRANKIE. Tengo que marcharme.

SHYLOCK. Por cierto, y antes de que te tomes un merecido descanso, quería hacerte una consulta pro-

fesional.

FRANKIE. Dime.

SHYLOCK. ¿Qué sabes de Marco Bressart?

FRANKIE. Me parece un pintor joven bastante interesante. Puede llegar lejos si cuenta con buenos mentores.

SHYLOCK. También es guapo.

FRANKIE. Lo es, pero no es mi tipo.

SHYLOCK. No te creía tan escrupuloso.

FRANKIE. Tengo mis defectos. ¿Acaso es tu tipo?

SHYLOCK. Lo será si llega lejos.

FRANKIE. ¿Cómo de lejos?

SHYLOCK. Tan lejos como pueda soportar.

FRANKIE. ¿Ya lo tienes atado?

SHYLOCK. No es necesario, ellos se atan solos. Yo sólo me encargo de revisar los nudos.

FRANKIE. ¿Cuándo quieres que empiece a escri-

bir sobre tu nuevo fichaje?

SHYLOCK. Pronto, para fin de año quiero inaugurar la primera exposición, y para entonces se debe haber creado el suficiente interés.

FRANKIE. ¿Tendré que entrevistarlo?

SHYLOCK. Puedes hacer con Marco todo lo que quieras y él se deje, pero no se publicará nada que yo no haya revisado previamente.

FRANKIE. De acuerdo.

SHYLOCK. Y por favor, Frankie, borra la palabra cúspide de tu diccionario, déjala para los alpinistas, para los que necesitan de la adrenalina que genera el vértigo. En el mundo del arte puede ser demasiado molesta. Y si el dinero sufre, todos temblamos.

FRANKIE. He entendido el mensaje.

Frankie se marcha y ella coge el teléfono.

SHYLOCK. Hola Óscar...

Tengo algo muy interesante que proponerte.

Sobre ese tema puedes tranquilizar al consejo de

administración. Con la mayoría de vuestros negocios no ganáis ni la mitad de lo que obtenéis conmigo, y todas las cuentas están claras y el dinero muy limpio, aparte de que parecéis un grupo de filántropos muy entendidos en arte, aunque para eso sería conveniente que algún consejero delegado cerrara la boca de vez en cuando.

Sé muy bien que todos cometemos errores, pero decir en la inauguración de una exposición que Leonardo y Van Gogh eran contemporáneos queda feo, y Picasso, qué decir de mencionar a Picasso como diseñador de coches.

Ya sé que ganan muchos millones más que yo, pero para parecer un intelectual hay que hablar lo justo. La gente debe suponer que uno es inteligente, no cerciorarse de lo contrario.

No, claro que no te llamo para hacerte reproches, lo hago para que puedas ganar mucho dinero. Tengo un caballo ganador, que está limpio, a estrenar.

Hablamos de más del trescientos por ciento en dos años.

No, no se trata de ningún farol, y sois los primeros de la lista.

De acuerdo, esperaré tu llamada antes de ofrecerlo a otros.

Ella sigue con el teléfono y se marcha mientras la luz se apaga.

TERCERA ESCENA

Frankie deambula sin sentido. Ha bebido.

FRANKIE. ¿Cuántas veces te lo dije Bruno?... Demasiadas, ¿verdad?, pero se ve que no fueron suficientes... Hay muchos caminos para conseguir la fama, para convertirte en un pintor reconocido, pero tuviste que elegir la más directa e implacable, el camino de Shylock... No, no es mala me dijiste, ella quiere a sus artistas y los protege. No quiere que el genio artístico se perturbe por el afán mercantilista y de las malas influencias. Ella me lo da todo para que pueda crear... Ella da y ella quita, Shylock no ama, ni siquiera a ella misma porque tendría que rebajar su orgullo. Ama su propia inteligencia, pero desprecia su cuerpo que se desgasta y que no puede conservar como la más preciada obra de arte... Es la más lista, te dije, nadie puede estar por encima de ella, ni siquiera el dinero puede resistir su capacidad de perversión. Ella no ha vendido su alma al diablo, todo lo contrario, Shylock ha convertido en arte el alma del diablo y la expone para que todos envidien su poder... Deberías estar vivo Bruno, tus obras se expondrían en salas pequeñas, pero tendrías buenos clientes, y podríamos vivir

muy bien, pero no creíste en mí. Yo era pequeño para tu ambición y me despreciaste. Un genio no podía enamorarse de un crítico porque perdería prestigio, un genio sólo se puede amar a sí mismo... Pero no eras un genio, fuiste un completo imbécil, un bello bufón que pintaba bien, y te convertiste en su juguete favorito durante el tiempo que Shylock lo deseó... Después llegó el momento de recoger dividendos y tus cuadros cotizaban en bolsa. Ya habías pintado todo lo bueno que podías pintar antes de que la coca te hiciera caer de la cúspide, sí de la maldita cúspide que se eleva ante el abismo. Nunca te faltó droga, ellos mismos te la suministraban, los que la habían limpiado comprando tu arte. Hermoso negocio, el más rentable que el diablo pueda crear: vidas destrozadas convertidas en bellos cuadros que cuelgan en los lugares más selectos y que valen millones... Una vez dijiste que querías morir convertido en un mito y ellos cumplieron con tu deseo... ¿Qué imbécil fuiste? Sí ya sé que no soy mejor, yo también soy un bufón que ha cambiado la droga por el alcohol, y puedes estar seguro que nunca me convertiré en mito. Con mi muerte Shylock no puede enriquecerse, mi utilidad es diferente. Yo sirvo para sembrar el camino de sus artistas, para provocar que

el dinero los quiera comprar. Lo que hago yo lo pueden hacer otros y Shylock lo sabe muy bien, por eso también me ha atrapado y no tengo coraje para marcharme, pero sí para morir matando. Entonces puede que sí me convierta en mito. La libra de carne que le debo le saldrá cara... No te rías de mí, no soy un maldito cobarde. Esta vez sí, esta vez no me rajo. Te lo prometo.

Se marcha.

CUARTA ESCENA

Entre Shylock acompañada de Marco.

SHYLOCK. Me alegro de que no sólo seas un buen artista, también eres inteligente y eso es imprescindible para sobrevivir en el mundo del arte. Me ha dicho mi secretario que has cumplido con todas las condiciones que te pedí.

MARCO. Cierto, tuve que pelear mucho para recuperar toda mi obra, pero ya la tengo en mi poder.

SHYLOCK. ¿En tu poder?

MARCO. Supongo que debo decir en nuestro poder.

SHYLOCK. Supones bien y no lo digo porque pretenda apropiarme de una buena parte de tu obra porque tú eres el creador, sobre eso no hay duda, sino por el hecho de que mi gente se convierte en mi familia. Los artistas a los que acojo son como los hijos que no he tenido, y me considero como una madre protectora capaz de asumir cualquier reto para que mis criaturas no sufran. Por eso siento que vuestras obras también son mías. Tal vez se trate de que en el fondo todavía

me considero una socialista de las de antes, con todo el romanticismo que ello supone y que los que se han apoderado del nombre han perdido aplastados por el culto al dinero.

MARCO. En eso me considero un auténtico revolucionario, pienso que hay que devolver el arte al pueblo. Mis obras no se han hecho para los palacios sino para las trincheras.

SHYLOCK. ¡Qué magnífico titular para un reportaje! Marco Bressart el artista de las trincheras, el último revolucionario. Creo que vamos a pasarlo muy bien trabajando juntos. Pienso que en los últimos tiempos ha habido demasiado mercantilismo en el mundo del arte, ya es hora de humanizarlo y que la utopía se materialice para dominar al dinero.

MARCO. Me gusta lo que dices. Hablamos el mismo idioma. ¿Cuándo haremos la primera exposición?

SHYLOCK. Todo a su tiempo muchacho, todo a su tiempo.

MARCO. Tengo obra suficiente para hacerla.

SHYLOCK. Pero no tienes nombre suficiente para

aspirar a vender esa obra en las condiciones que yo trabajo.

MARCO. Necesito recuperar dinero para pagar las deudas.

SHYLOCK. Recuerda que otra de las reglas de los que trabajan conmigo es que las condiciones las pongo yo. Cuando acojo a un artista lo hago con todas las consecuencias, y ninguno ha muerto de hambre o de frío estando con Shylock, pero me molesta que me atosiguen por motivos banales, porque eso podría suponer que dudan de mí, y quien dude tiene las puertas abiertas para marcharse porque yo no retengo a nadie contra su voluntad. Necesito trabajar desde la confianza, desde el compañerismo, desde un objetivo único que guíe todo lo demás.

MARCO. Lo siento, pero no es fácil la situación en que me encuentro.

SHYLOCK. Nada es fácil y menos aún trabajar conmigo porque no puedo perder el tiempo con mediocres que sólo buscan el beneficio inmediato. A partir de hoy eres un privilegiado, y así debes entenderlo, pero esos privilegios también tienen sus exigencias,

mínimas en comparación con lo que ofrezco, pero irrenunciables. Si necesitas dinero para comer o para pagar una habitación se lo pides a mi secretario, pero a mí no me presentes tus cuentas. Cuando tu obra produzca el rendimiento que espero, que lo dará, te pagaré la parte que te corresponda, y te aseguro que será mucho más de lo que hubieras obtenido de cualquier otra manera.

MARCO. Creo que ya lo entiendo bien, y no necesito que me repitan las reglas varias veces.

SHYLOCK. Lo celebro.

MARCO. Aunque me gustaría saber qué planes tienes para mi obra.

SHYLOCK. Por supuesto, es lo justo. En primer lugar hay que eliminar todo lo que sobra.

MARCO. ¿Eliminar?

SHYLOCK. O prender fuego o rociar con ácido. Eso lo dejo a tu gusto. Puesto que has sido el creador es justo que completes el trabajo destruyéndolas. La forma más sublime de crear.

MARCO. Pero no puedo renunciar a una parte de mi obra. Mi arte se debe entender como un todo en su conjunto.

SHYLOCK. Por supuesto, pero yo decido que elementos forman parte de ese conjunto. Si conoces la teoría de la selección natural de Darwin, sabrás que los más débiles deben quedar por el camino para que la especie mejore.

MARCO. Picasso no tuvo que quemar parte de su obra.

SHYLOCK. De eso no podemos estar seguros, aunque unos cuantos de sus cuadros sí hubieran merecido una buena hoguera para que el resto de su obra cobrara más valor.

MARCO. De modo que mi obra sólo estará al alcance de muy pocos.

SHYLOCK. Desde luego.

MARCO. Pero habíamos hablado de que yo era un artista de las trincheras, de que mi obra debía pertenecer al pueblo.

SHYLOCK. Hay que entender los símbolos, o ¿acaso pretendes que tus cuadros cuelguen de las paredes de las chabolas? Los pobres podrán comprar las postales de tu obra, o láminas a tamaño real los más pudientes. Está bien que se tenga cierta dosis de romanticismo y de revolución a la hora de crear, pero el mercado del arte es mucho más serio y a mis clientes no les gusta que el conserje de su empresa pueda tener un cuadro parecido al que cuelga en la sala de reuniones del consejo de administración. Como eres un experto en filosofía, fácilmente entenderás que se trata de un principio de ética básico: el arte para que el pueblo lo miré, pero sin que el pueblo lo toque.

MARCO. Y supongo que tendré que aceptarlo.

SHYLOCK. Con mi método sólo hay un objetivo que alcanzar...

MARCO. La cúspide.

SHYLOCK. No me gusta esa palabra, es demasiado puntiaguda y radical. Esa imagen puede tornarse siniestra.

MARCO. ¿Prefieres la parábola?

SHYLOCK. Hermosa figura geométrica mientras mantiene la línea ascendente. Digamos que mi ideal del mercado del arte se puede simbolizar con media parábola.

MARCO. ¿Y la otra media?

SHYLOCK. La dejo para la Biblia. A la religión le gusta mucho la caída de las curvas y saben qué hacer con ellas, como poner la otra mejilla. En los negocios tratamos de prescindir de las bajadas.

MARCO. Creo que ya comienzo a comprender el nombre de Shylock Gallerie.

SHYLOCK. ¿Conoces a Shakespeare?

MARCO. Algo he visto y leído.

SHYLOCK. Excelente dramaturgo, un maravilloso psicólogo, pero muy mal negociante. ¡Qué difícil es encontrar a un hombre completo!

MARCO. Supongo que a cambio de tus servicios te reservas el derecho a elegir la libra de carne de los artistas.

SHYLOCK. No me interesa tu polla. Tengo otras

maneras menos sangrientas de mantener la fidelidad de mi equipo.

MARCO. ¿Ningún artista se ha marchado de la galería?

SHYLOCK. Sólo los que yo quería que se marcharan, y ninguno ha triunfado lejos de mi protección.

MARCO. ¿Y los otros?

SHYLOCK. Supongo que no han tenido motivos para intentarlo. Yo les ofrezco más que nadie, pero lo exijo todo, sin reservas.

MARCO. ¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora si para empezar tengo que destruir parte de mi trabajo?

SHYLOCK. Esa no es la peor manera de hacer arte. Para que llegues a ser grande y codearte con la élite hay que crearte una leyenda. Los futuros compradores deben desear tu obra antes de conocerla, saber que se trata de algo nuevo, único y seguro.

MARCO. ¿Cómo se consigue?

SHYLOCK. La mayoría de los grandes coleccio-

nistas no tienen ni idea de arte, sólo juegan a invertir buscando la mayor rentabilidad. El que consigue adquirir una obra que los demás desean poseer es el ganador porque la cotización se dispara. Si situáramos cincuenta cuadros tuyos y sólo dispusiéramos de veinte compradores estarías acabado, y lo que aún sería más grave, mi prestigio sufriría un importante revés y los inversores buscarían mejor amparo para su dinero.

MARCO. ¿Cuándo empieza a construirse esa leyenda?

SHYLOCK. Tienes que reunirte con Frankie para que te entreviste y prepare los reportajes que se publicarán en la prensa y en la revista *New Art* el mes que viene.

MARCO. ¿Te refieres a Francois Gobel, el famoso crítico?

SHYLOCK. Esa es una de sus ocupaciones, la otra es buscar un método para aplazar las deudas que le ocasiona el arte embotellado.

MARCO. Siempre me ha evitado.

SHYLOCK. Tu situación ha cambiado.

MARCO. ¿Qué tengo que decirle?

SHYLOCK. Háblale con libertad. Eres un artista revolucionario, de las trincheras. Di que eres alguien que romperá barreras, eso siempre ayuda para buscar titulares. Ya corregiré lo que considere oportuno para que quedes como un triunfador.

MARCO. ¿Cuándo podré pintar algo nuevo?

SHYLOCK. Empezarás a trabajar cuando esté vendido, pero puedes pensar en nuevas ideas, eso no es malo. Haz bocetos, esquemas y no te pongas límites a la hora de crear.

MARCO. (Con ironía.) Resulta esperanzador.

SHYLOCK. Creo que ya es hora de que te marches porque tengo que visitar a uno de los posibles compradores de tus cuadros. Puede que un futuro mecenas.

MARCO. ¿Quién es?

SHYLOCK. Ya tienes tarea suficiente con lo que has aprendido hoy. En cuanto a los negocios, déjalos

de mi cuenta. Pensar en dinero podría perturbar tu inspiración.

Marco sale y Shylock tras él.

QUINTA ESCENA

Entran Frankie y Marco.

MARCO. ¿Qué opinión tienes sobre la parte de mi obra que te he enseñado?

FRANKIE. Creo que ya sabes que no soy un crítico adulator.

MARCO. Tengo muchas referencias sobre tus críticas como para esperar compasión.

FRANKIE. Hay que velar por la pureza del arte. Los impostores abundan, parece que el arte ha perdido su función social y queda sólo para halagar la vanidad de los potentados. Eso es muy triste, y alguien ha de vigilar para que los artistas honestos, los que ciertamente tienen algo nuevo que mostrar encuentren su lugar.

MARCO. Estoy completamente de acuerdo.

FRANKIE. Reconozco que la parte que he visto de tu obra me ha sorprendido gratamente. Te falta un largo camino por recorrer, pero la línea que has elegido me parece prometedora. Percibo un alto nivel de

sincretismo en tus composiciones, unido a unas tonalidades cromáticas muy progresistas y unas líneas argumentales innovadoras, rozando el límite con el impresionismo cubista. Aún es pronto para hacer una evaluación objetiva, pero con lo que he visto me permito augurar un lugar entre los elegidos, siempre que no te estanques.

MARCO. Resulta alentador escuchar esas palabras provenientes de un sabio, aunque reconozco que eso me hubiera gustado escucharlo hace más tiempo, cuando hice numerosos intentos para que conocieras mi obra.

FRANKIE. ¿En verdad lo hiciste?

MARCO. Sí, pero no pude dar contigo. Siempre estabas muy ocupado y no podías coger el teléfono para concertar una cita.

FRANKIE. Eso no supone que no conociera tu trabajo.

MARCO. ¿De veras?

FRANKIE. Sois demasiados los que intentáis abriros camino en este tinglado, y yo no tengo ojos para ver la

obra de todos, pero eso no significa que no esté informado de lo que se cuece. Todo artista debe pasar muchos filtros antes de enfrentarse a mi dictamen. Y sé que puede parecer muy vanidoso por mi parte, pero el juicio de Francois Gobel es una referencia obligada para muchos coleccionistas. Estos tienen muchas carencias y se encontrarían perdidos sin unos ojos que puedan percibir lo que ellos no saben ver.

MARCO. Y supongo que ahora ha llegado mi momento.

FRANKIE. Se está acercando.

MARCO. ¿Y hubiera llegado si yo no estuviera con Shylock?

FRANKIE. ¿Quién sabe? En esta vida hay demasiados enigmas que no encuentran respuesta, y en el mundo del arte puede que más que en ningún otro. ¿Por qué la obra de un artista vale tanto y la de otro parecido no vale nada? ¿En verdad hay tanta diferencia entre los creadores? No es una barbaridad decir que el noventa por ciento de las personas no sabría distinguir si un cuadro vale diez millones o doscientos euros. Digamos que al pertenecer a la cuadra de

Shylock gozarás de unos privilegios artísticos que no estarían a tu alcance por otros cauces más convencionales.

MARCO. ¿Ella es tan poderosa?

FRANKIE. El diablo no es poderoso, y puede que ni siquiera exista pero aterra a media humanidad. Shylock no es el diablo, no sé si es más lista pero está más cerca, y puedes estar seguro de que conoce mejor tus puntos débiles y no dudará a la hora de utilizar ese poder.

MARCO. Parece que no la aprecias mucho.

FRANKIE. Todo lo contrario, la admiro y creo que la envidio porque es capaz de hacer lo que yo no sé. Pero no estamos aquí para que tú hagas un reportaje sobre mi relación con tu galerista. Soy yo el que debe informar sobre la nueva revelación en el mundo del arte, el que puede revolucionar el mercado en los próximos años, y hasta puede que los cánones creativos.

MARCO. Puedes preguntar lo que quieras sobre mi obra y el proceso evolutivo que he seguido desde mis inicios.

FRANKIE. Eso ahora es una simple anécdota. Si pasas a los libros de historia ya habrá alguien que lo estudie o se lo invente, en el fondo poco importa. Supongo que entonces será el tiempo el que te juzgue. Ahora me interesa más saber dónde te has metido y hasta dónde esperas llegar.

MARCO. Creo que me encuentro en un momento apasionante donde la capacidad de creación y de difusión de mi obra están alcanzado el equilibrio vital. Lo principal para un pintor es que su obra se conozca inmediatamente después de estar terminada, que no languidezca en un almacén hasta que alguien repare en ella.

FRANKIE. ¿Hacia dónde te diriges?

MARCO. No me impongo límites. Ahora se me abren unas nuevas vías que tengo que explorar porque no busco ser un artista encasillado en un determinado estilo. El único estilo que puede englobar mi arte es el estilo Marco Bressart.

FRANKIE. ¿Hasta qué punto quedará condicionada tu creación por las normas de Shylock?

MARCO. Ella, como galerista, será la encargada de mostrar y vender toda mi obra, y como amiga será una excelente consejera, pero el único creador soy yo, y no permito que nadie me imponga las obras que tengo que hacer y cómo pintarlas.

FRANKIE. Y estoy convencido de que eso te lo ha dicho literalmente Shylock.

MARCO. Puede que no con las mismas palabras, pero hay algunos temas que entre personas dotadas de cierta sensibilidad no hace falta comentarlos porque se dan por supuestos. Shylock y yo llevaremos caminos paralelos, y como somos inteligentes, estamos condenados a entendernos.

FRANKIE. Me temo que en lo relativo a la condena sí que puedes estar seguro.

MARCO. ¿A qué te refieres con eso?

FRANKIE. A lo que expresa el diccionario de la real academia.

MARCO. Eso suena a amenaza.

FRANKIE. Condena suena a condena, hasta que

se ejecuta. Entonces es otra cosa.

MARCO. Pretendes ponerme en contra de Shylock.

FRANKIE. El cielo, o el infierno, me libre de tal intención. Yo no te advierto contra ella, en todo caso te podría advertir contra ti. Shylock no devora a nadie, tan solo se alimenta de los que quieren ser devorados. Ella es una benefactora que se da cuenta de cuando alguien sufre y le facilita el camino.

MARCO. Me conozco bien y tengo muy claro lo que quiero. No soy uno de esos artistas depresivos que buscan la inspiración en el sufrimiento y terminan por sucumbir ante la presión. Yo tengo coraje para aguantar todo lo que llegue y fortalecerme en la lucha.

FRANKIE. ¿Has pensado en cómo puede terminar tu relación con Shylock?

MARCO. Acabamos de empezar nuestra colaboración, creo que es muy pronto para pensar en el final, sobre todo cuando se vislumbra un largo camino por delante lleno de buenos presagios.

FRANKIE. Salvo si se llega a la cúspide.

MARCO. ¿Por qué has mencionado esa palabra?

FRANKIE. Porque es hermosa y a Shylock le gusta mucho. Creo que hasta le conmueve.

MARCO. Me parece que la ha quitado de su diccionario.

FRANKIE. ¿Y te has planteado por qué no le gusta?

MARCO. Porque cuando un artista llega a la cima su obra deja de ser controlada por su galerista y su poder caduca. Puede que sea ese el motivo.

FRANKIE. Puede, claro que puede ser un motivo, o tal vez no. Creo que ya hemos terminado la entrevista.

MARCO. Tan pronto.

FRANKIE. Ya sé todo lo que necesitaba saber.

MARCO. Pero si apenas hemos hablado sobre mi obra.

FRANKIE. Tu obra, sí, eso que has pintado en los

cuadros y que muestra tu grandiosa riqueza interior. Es cierto, ese es el tema principal de este reportaje. Supongo que escribiré algo hermoso e impactante para que tú y tu dueña estéis contentos.

MARCO. ¿Dueña?

FRANKIE. Lo siento, ha debido ser un lapsus mental, debí decir consejera, benefactora o mecenas. Ahora, si me disculpas, tengo que marcharme. Hoy se inaugura una exposición en la Fundación Kleber y mi presencia es imprescindible para que el acto tenga nivel cultural porque el social y mediático está garantizado con unos cuantos famosos que le dan lustre. Alguien tiene que informar sobre lo que cuelga de las paredes para que la rueda del arte siga girando como un rodillo que primero eleva y luego aplasta.

MARCO. ¿Te gusta tu trabajo?

FRANKIE. ¿Por qué lo preguntas?

MARCO. Porque hay quien dice que los críticos de arte en el fondo son artistas fracasados que desean ensañarse con los que triunfan.

FRANKIE. Sí, supongo que se trata de eso. Nos

duele que alguien llegue a la cúspide y tratamos de evitarlo a toda costa. La envidia nos corroe y sólo queremos destruir.

MARCO. ¿Hablas en serio?

FRANKIE. ¿Acaso importa?

Frankie se marcha y la luz se apaga.

SEXTA ESCENA

Shylock está leyendo un papel y cuando termina hace una llamada.

SHYLOCK. Hola Marco. Tengo en mis manos el reportaje que se va a publicar en New Art. Es fantástico. Frankie ha sabido captar tu magnitud artística y reflejarla en un excelente reportaje que nos servirá de carta de presentación de cara a los coleccionistas.

No importa de qué hablarais ni que apenas si se fijara en tu obra, lo que cuenta es lo que quede publicado, y eso es lo que empieza a marcar la cotización. Te aseguro que la expectación de cara a la próxima inauguración la tenemos asegurada. Veinticinco obras expuestas con una escenografía de trincheras y barricadas, y lo que es más hermoso, todas vendidas antes de empezar. A partir de entonces los coleccionistas se pelearán por tener cuadros de Marco Bressart.

Tú ves pensando en nuevos proyectos para que los estudiemos juntos, y no te pongas límite.

Sí, eso me parece bien. Ahora tengo que dejarte, espero visita.

Apaga el teléfono y sigue mirando los papeles.
Entra Frankie.

FRANKIE. ¿Molesto?

SHYLOCK. Por favor Frankie, tú siempre eres bienvenido. Entra y ponte cómodo.

FRANKIE. Te veo radiante, la alegría le sienta bien a tu cara.

SHYLOCK. Cuesta muy poco hacerme feliz, pero muchos se empeñan en no entenderlo y quieren que sufra.

FRANKIE. ¿Sin motivo?

SHYLOCK. Soy una mujer débil y castigada por el tiempo. Soy incapaz de hacer daño a una mosca.

FRANKIE. A veces pienso que la humanidad es muy cruel contigo.

SHYLOCK. Este no es el momento de hablar de mis penas, y más cuando estoy contenta.

FRANKIE. Celebro tu fortuna.

SHYLOCK. Cuando quieres, sabes escribir sobre

arte, mostrando tal sensibilidad y claridad de conceptos que es imposible no quedar subyugado con tus palabras. El alma creadora de Marco se encuentra reflejada en tu reportaje y se despertará el interés del dinero.

FRANKIE. Cobro por mentir. Ese es mi trabajo y cuanto más cobro más miento para que más gente se deje engañar por la mentira. Supongo que ese es el principio básico de la publicidad.

SHYLOCK. No te subestimes, este reportaje no puede partir de la mentira, lo ha escrito un auténtico artista.

FRANKIE. Artista, ahora soy artista. Y sin incluir una sola cúspide en el artículo.

SHYLOCK. Muy cierto. Tú tienes mucho talento, por eso me duele cuando te empeñas en hostigarte y dejas de cuidar tu salud. Yo te quiero Frankie, pero te quiero sano y lúcido, cuando no dudas, cuando sabes ser brillante y pones tu ingenio al servicio del arte y de la verdad.

FRANKIE. ¿Todo eso soy capaz de hacer?

SHYLOCK. Y más si te valoraras como debes. No hay nada más deprimente que un hombre derrotado por sus vicios que se regodea en su propio hundimiento. El alcohol te hace mucho daño y el resentimiento incrementa tu herida, por eso los que te queremos nos alegramos cuando recuperas tu espíritu filántropo.

FRANKIE. Yo también te quiero, aunque no encuentro los adjetivos adecuados para expresar cómo te quiero. Debo haberlos agotados todos en la loa a Marco Bressart.

SHYLOCK. Me agrada tu ironía sarcástica que limita con el cinismo. A veces pienso qué sería de esta galería sin un colaborador tan especial.

FRANKIE. Supongo que no tendrías excesivos problemas en encontrar a otro. Hay cientos de artistas fracasados que besarían tus pies si les ofrecieras una oportunidad como crítico de la corte.

SHYLOCK. No niego que no faltarían los candidatos, pero no creo que encontrara a ninguno con tu estilo.

FRANKIE. ¿Por qué me adulas? ¿Acaso piensas prescindir de mí?

SHYLOCK. Yo no he dicho eso Frankie. Te adulo cuando haces el trabajo bien hecho.

FRANKIE. Si sigues con tus piropos es posible que muy pronto pueda alcanzar la cúspide.

SHYLOCK. (Cambiando el tono.) No es conveniente dar vueltas a los temas que ya están cerrados y cuya lección ha sido aprendida. El equívoco con el coleccionista ha quedado arreglado y todos salimos bien parados de la historia, aunque haciendo un gran esfuerzo por mi parte para contentar al dinero.

FRANKIE. Es sorprendente la facilidad con que se deprime el dinero. Es el primero en saltar del barco cuando se habla de tormenta, aunque a la mierda acude con más voracidad que las moscas.

SHYLOCK. El reparto de mierda deja considerables beneficios.

FRANKIE. Supongo que por eso has elegido al joven Bressart, para repartir su mierda entre tus inversores envuelta en celofán de oro.

SHYLOCK. Tienes la capacidad de pasar de la brillantez a la maldad con dos palabras.

FRANKIE. No sé de quién habré aprendido ese grado de sofisticación a la hora de destruir.

SHYLOCK. Si no recuerdo mal, tú mismo me dijiste que Marco tenía un futuro brillante.

FRANKIE. ¿Hubiera variado algo tu opinión si te hubiera dicho que era uno más entre tantos aspirantes a la fama, y que como mucho ganaría algún concurso pequeño y tal vez vería su obra expuesta en una exposición colectiva de una sala municipal? Ya habías tomado una decisión al elegirle y no sueles dar marcha atrás ante mis consejos.

SHYLOCK. Puede que no, pero me gusta escucharlos, aunque sólo sea para llevarte la contraria.

FRANKIE. ¿Qué piensas hacer con este chico?

SHYLOCK. Yo nada, no es mi tipo de hombre.

FRANKIE. Me refiero hasta dónde piensas atornillarle.

SHYLOCK. Él es mayor de edad, y más ambicio-

so que inteligente. Ha elegido tomar un atajo para acortar el camino y conoce las reglas de este juego. Yo le protegeré como a cualquier otra de mis inversiones.

FRANKIE. Hasta que deje de ser rentable.

SHYLOCK. Estamos metidos en un negocio implacable y uno no se puede enamorar de las pérdidas.

FRANKIE. Yo sí lo hice.

SHYLOCK. Y así te has visto, con una botella de ginebra como fiel compañera. El mercado se tiene que mover para demostrar que está vivo. El dinero que se detiene se muere.

FRANKIE. Y el que da un paso más allá de la cúspide se desploma por el precipicio.

SHYLOCK. ¿Otra vez Frankie? ¿Otra vez con la misma historia?

FRANKIE. La historia es la misma, aunque los protagonistas vayan cambiando.

SHYLOCK. A veces eres más fácil de soportar cuando has bebido que cuando estás a punto de beber. La ansiedad te vuelve demasiado suspicaz y muy

pesado.

FRANKIE. Entonces será mejor que me marche para no molestarte más. Tengo que entregar el reportaje para que entre en este número y puedas empezar a rentabilizar tu inversión.

SHYLOCK. Está bien, Frankie. Tomate unos días libres y vete a la playa. La brisa marina le sentará bien a tu hígado.

FRANKIE. Creo que te haré caso, aunque prefiero el aire y la tranquilidad de la montaña.

SHYLOCK. Me parece muy buena elección. Tráeme algo de recuerdo.

FRANKIE. Te prometo que tendrás un recuerdo inolvidable. Por cierto, y hablando de montaña, ¿qué palabra sigue a cúspide?

SHYLOCK. Hasta luego Frankie.

FRANKIE. Adios Shylock.

Frankie se marcha y Shylock se queda extrañada antes de salir.

SEPTIMA ESCENA

Marco tiene una revista en sus manos y se muestra muy inquieto mientras lee. Se escucha en off la voz de Frankie.

VOZ FRANKIE. Me envían a ver la obra del nuevo fichaje de Shylock Gallerie para elaborar este reportaje. Me dicen que puede tratarse de un artista innovador que puede revolucionar el arte contemporáneo. Me han dicho demasiadas cosas a lo largo de mi carrera como crítico de arte y muy pocas eran verdad. Como este es mi último artículo, quiero desenmascarar a ese impostor llamado Frankie Gobel que muchos tenían por voz autorizada e insobornable. Todo era una falacia porque yo formaba parte de un negocio corrupto donde el arte sólo era una excusa para cambiar dinero oscuro por prestigio, teniendo como víctimas a los artistas, hasta el punto de costarle la vida a más de uno. Se supone que esta vez estoy obligado a alabar la obra de Marco Bressart, el último en llegar, pero no es el momento y lo que he visto de su obra me aburre, como lo hace esta vida anodina que sólo el alcohol mitiga hasta que la resaca me indica que he de rendir pleitesía a mi dueña, a la que se ha

apropiado de una libra de mi alma y de la de todos sus protegidos.

Marco deja de leer y se marcha con prisa.

OCTAVA ESCENA

Entra Shylock llevando la misma revista en la mano. Llama por teléfono, está impaciente. Mientras espera sigue mirando la revista. Cuando deja de insistir, suena su teléfono.

SHYLOCK. Hola Óscar, esperaba tu llamada.

Lo sé, claro que lo he leído y también me he quedado helada porque me ha traicionado.

Ya sé que estás muy preocupado, ¿cómo crees que estoy yo?

Tengo muchas gestiones que hacer para paliar los efectos de esta tormenta, pero lo conseguiré.

Cuando tenga algo fiable te llamaré. No te alarmes, siempre he encontrado respuestas satisfactorias.

No, no te preocupes por el acuerdo al que llegamos, desde hoy es papel mojado. En cuanto a la obra de Roy te recomiendo paciencia, no es el momento de deshacerse de ella. Te aseguro que su obra saldrá fortalecida de esta crisis. Es un valor consolidado que está por encima de los escándalos.

Entra Marco con otra revista en la mano mientras sigue hablando.

SHYLOCK. Ahora tengo que ponerme manos a la obra, y dile a tus socios que no pierdan la paciencia. Al fin y al cabo esto también forma parte del negocio y te aseguro que las consecuencias no las pagaréis los inversores.

Nada más apagar el teléfono vuelve a sonar. Mira la pantalla y lo apaga. Marco se ha detenido frente a ella.

MARCO. Ya sabes por qué estoy aquí.

SHYLOCK. Todo lo que vengas a decirme también lo he pensado yo.

MARCO. ¿Todo?

SHYLOCK. Puede que más.

MARCO. Entonces debes tener muchas cosas que explicarme porque esto no estaba en el trato.

SHYLOCK. La traición nunca se negocia, pero a veces ocurre, y eso obliga a alterar las condiciones del negocio.

MARCO. Pero el que se hunde en la mierda soy yo.

SHYLOCK. ¿Estás seguro?

MARCO. Claro que lo estoy, la crítica que hace de mi obra es feroz. Después de esta masacre tardaré mucho en levantar mi carrera.

SHYLOCK. Tú no eres nadie y nada pierdes. Digamos que este reportaje va a alterar el proceso de difusión de tu obra, pero no supone tu fin. Podrás seguir creando.

MARCO. ¿Y quién va a creer en mi obra después de esta putada?

SHYLOCK. Sólo se trata de un papel escrito por un desesperado que con el tiempo se olvidará, incluso podríamos darle la vuelta para utilizarlo a nuestro favor. Dispongo de argumentos suficientes para que la venganza de Frankie no quede impune.

MARCO. Si lo vuelvo a ver lo mato.

SHYLOCK. No te preocupes por él. No lo volverás a ver, ni tú ni nadie. Esta ha sido su despedida, la

crónica de su deserción del arte y de la vida. Sólo espero que no haya dejado más escritos sembrados de mierda que vayan apareciendo por capítulos.

MARCO. ¿Qué vamos a hacer?

SHYLOCK. Yo sé lo que voy a hacer, pero no puedo saber cuál es tu intención.

MARCO. ¿Y qué has previsto para compensarme? Porque el castigado por vuestro odio he sido yo.

SHYLOCK. Cuando te conocí te dije que te iba a dar una lección que no iba a cobrar, y te la di, pero la que te voy a dar ahora no te va a salir gratis. En este mundo globalizado, ese del que pretendéis renegar los que vais de artistas bohemios y revolucionarios, no hay buenos ni malos, sólo hay supervivientes y víctimas, y la diferencia entre los unos y los otros está en los medios de que se disponga cuando se produzca el caos y la inteligencia con que se utilicen. No hay otra ética que valga ni sentimiento de culpa que la acompañe. Yo soy una superviviente que no piensa renunciar a sus medios, y a la que no le falta inteligencia para buscar recursos cuando aparece la crisis. En cuanto a ti, lo siento, me parece que no te puedo ayu-

dar más ni creo que nada te deba por la colaboración mantenida.

MARCO. Tenemos un compromiso adquirido. Me prometiste situarme en lo más alto si seguía tus reglas, y lo he cumplido.

SHYLOCK. Frankie también tenía un compromiso, mis compradores habían asumido una serie de compromisos. La vida es una cadena cuyos eslabones son los compromisos, pero cuando llega el naufragio la cadena se rompe por sus eslabones más débiles. El que tarda más tiempo en saltar por la borda se ahoga, y te aseguro que yo no tengo vocación de capitán de barco.

MARCO. No pienses que me voy a hundir porque tú lo hayas decidido. Saldré de esta encerrona y llegaré muy lejos sin tu ayuda.

SHYLOCK. Alabo tu coraje.

MARCO. Volveré a sacar mi espíritu revolucionario. Cogeré mi obra y seguiré luchando desde las barricadas contra los impostores del arte.

SHYLOCK. ¿Has dicho cogeré mi obra?

MARCO. Roto el compromiso mi obra queda libre y puedo hacer con ella lo que desee.

SHYLOCK. Tengo que hacerte una pequeña corrección gramatical, los compromisos se pueden romper, pero las deudas se pagan, siempre se pagan. No debes olvidar que tienes una importante deuda conmigo que debes saldar antes de que tu obra te vuelva a pertenecer.

MARCO. La obra que tuve que destruir por tu culpa valía mucho más que toda la deuda.

SHYLOCK. Tú la destruiste, yo no te puse una pistola en la sien para que lo hicieras. Ante un juez tus argumentos carecerían de valor.

MARCO. Te dejaré en depósito los tres cuadros por los que me prestaste el dinero.

SHYLOCK. Recuerda que uno de esos cuadros fue de los elegidos para la destrucción, tuvo un triste final. A eso hay que añadir que la cotización de tu obra no pasa por el mejor momento. Yo no soy un banco que se limita a cobrar intereses por un préstamo, yo negocio con el arte, y no suelo hacerlo para

perder dinero. Mi comisión mínima por una venta es del cincuenta por ciento. Así que si eres tan inteligente como presumes te será fácil hacer el cálculo del dinero que debes traer para que te venda tu obra.

MARCO. Te denunciaré y te juro que te hundiré, y si es necesario te mataré con mis propias manos.

SHYLOCK. Estás en tu derecho a intentarlo, aunque tendrás que ponerte en la lista de espera.

MARCO. Volveré antes de lo que imaginas con un abogado o con la policía y me lo llevaré todo.

SHYLOCK. Te esperare y todos seréis bienvenidos a mi galería.

Marco se marcha. El teléfono vuelve a sonar, mientras Shylock vuelve a mirar la revista. Se escucha en off la voz de Frankie.

VOZ FRANKIE. En definitiva, tengo que decir que Marco Bressart sólo es otra víctima más del despiadado mercado del arte. No es mejor ni peor que otros muchos que se creen artistas, y que se encuentran en lista de espera ansiosos de que Shylock, y otros galeristas poderosos, con su manipulación del merca-

do y con la complicidad de un capital de muy dudosa procedencia, los eleve hasta niveles de genio. Muchos ya han vivido lo mismo y otros lo vivirán. Unos pocos se enriquecerán con la obra del nuevo elegido, y cuando deje de ser útil para el negocio desaparecerá o se suicidara misteriosamente. Los que negocian tienen la fortuna de que los artistas sueles ser depresivos. Como crítico mi labor consiste en aplaudir la genialidad de unos y hundir a otros, sin tener claro qué es lo que los diferencia, pero era mi parte en este negocio del que también me he beneficiado. Ahora que ya he llegado a la cúspide, sólo me queda saltar al abismo, antes de que algún esbirro me empuje y el silencio me entierre. Con esto no busco salvar mi alma ni condenar a nadie. Yo no he sido mejor que el resto, he cumplido con mi trabajo, pero he dejado demasiado lastre en el camino hacia la cúspide.

La luz se apaga lentamente mientras es teléfono no deja de sonar.